

# LOS LUGARES DEL TERROR

Lety Elvir\*

## Los lugares del terror

Recuerdo a Lucio como un niño triste, asustado, escondido detrás de las cortinas. Cuando fue a la escuela pronto se convirtió en el lugar del tiro al blanco de sus compañeros, le lanzaban bolas de papel, cáscara de bananos, escupitajos, coscorrones y burlas. Año con año la misma historia. Su cabeza inclinada aprendió a mantenerse inmóvil mientras sus ojos saltones se movían de lado a lado aterrorizados y sus hombros listos para encogerse ante cada golpe. En casa se tapaba los oídos y la cabeza cada vez que su padre aparecía y gritaba y golpeaba y blasfemaba por los seres tan inútiles que eran Lucio y su madre. Al crecer fue enviado a un internado de varones, “para que se hiciera hombre”, hasta allá lo persiguió la humillación, fue violado por la pandilla que encabezaba el hijo del director.

Ahora lo tengo frente a mi vista, altivo, insumiso y con el odio explotando en sus manos; ha agujereado cuanto cráneo encontró a su paso; la TV exhibe en sus primeras planas la sangre y los sesos regados en las paredes del edificio escolar. De fondo, la casa paterna en llamas.

## Mr. Hyde

Era un ser de muchas piezas, pero de una sola alma, la demoníaca. En realidad, no tenía alma. Se comportaba como un ser humano, pero era el vacío, el desierto. Viudo de amor desde su nacimiento, llevaba el hastío en su rostro como símbolo de muerte. Con sus garras y colmillos destrozó las almas hermosas de una gacela y de una coneja de carnes dulces y sabrosas que le habían amado. Ni

\* Escritora de Honduras nacida en San Pedro Sula.

qué decir de todas las liebres y zarigüeyas que había abandonado despedazadas a lo largo de su camino.

Era el prototipo de un ser superior, alguien especial, casi casi el elegido para algo grande pero no supo qué; nunca pudo entender tanto idiota y mediocre rodeándole el mundo donde se movía.

Ahora yace tendido y muerto, con esa mueca de placer del antes de su próximo zarpazo; una estaca de cazador de monstruos quedó clavada en su cuello largo sin darle tiempo para cambiar el gesto.

### Los monstruos de la calle 3

No es la primera vez que sucede algo así. Posiblemente usted desconozca los detalles, lamentablemente la persona que busca para que se los relate ya no está aquí, pero sorprenderse de que los hechos se repitan, no tiene sentido.

De lo que yo recuerdo... déjeme decirle que hace unos 30 años fue la primera noticia que escuché sobre los gatos quemados en la calle 3, fueron muchos los que aparecieron carbonizados, tirados en el fondo del abismo, con los mismos signos de muerte; los pocos jirones de piel encontrados sin quemaduras apuntaban a que sus pelajes eran de baja calidad, como el ropaje de los pobres, decían; para ese entonces no se había puesto de moda las *bultiques*, la gente prefería llevar su ropa parchada que ponerse ropa usada que “a saber quién se las había puesto antes”, “ropa remendada pero mía, de origen conocido”, comentaba la gente con cierto orgullo, con una especie de dignidad aún no abatida.

Además del rasgo pobreza, las pericias forenses apuntaban a que eran cuerpos indigentes, enfermos, alcohólicos, que dormían en las aceras, hijos de la intemperie. Hubo otra característica: nadie reclamó sus cuerpos, nadie los buscó, como si hubieran nacido de la nada, de nadie, ¿usted me entiendo lo que le digo? Eran nada, nadie, íngrimos. Los periódicos hacían su agosto poniendo fotitos tristes que chorreaban sangre el día del hallazgo, primeras planas, pues, noticia de un día como los amores gatunos, pero al siguiente eran olvido. Después de eso, la Tercera Avenida lucía vacía, limpia entre comillas, sin gatos rebatiendo los basureros, una calle pulcra que exhibía sin vergüenza alguna la blanquitud de la catedral, la belleza de la Plaza Central junto al hotel más alto que había en la ciudad. De verdad, una ciudad ideal.

Por supuesto, no hay crimen perfecto, lo que abunda es el crimen sin castigo, usted lo sabe. Quien los puede desenmascarar es Pascualito, como usted dice, pero entienda, para él todos ustedes son la misma cosa, no le dieron ninguna garantía de protección y se tuvo que ir del país. Pascual lo recuerda todo como si fuera hoy: el sonido del motor de los autos acercándose, acechándolos

en medio de la oscuridad, después el olor a gasolina, de aquella rojiza, gasolina barata con un olor que a él le gustaba... y, de pronto, el fuego expandiéndose ante sus ojos, llamas furiosas como lenguas del infierno, cuerpos antorchas iluminando la noche seca. Que no hay nada más asqueroso e inolvidable que el olor a carne humana quemada, cuenta Pascual con su ojo izquierdo congelado, no logra cerrarlo por más esfuerzo que haga porque es como si a la piel de su párpado le faltaran unos milímetros, así le quedó después de haber sobrevivido al fuego gracias a un fuerte dolor de muelas que no le permitió fondearse al igual que sus compañeros de acera; era un dolor tenaz, que le había inflamado la encía y le provocaba unos dolores de cabeza que ni siquiera el guaro lograba aplacarlo, aquel dolor era como un clavo caliente escarbando su encía, un colmillo de serpiente mordiendo sus sueños.

Unas carcajadas conocidas cortaron de un tajo el silencio de la madrugada, venían de los mismos muchachos que años atrás él llevaba y traía de la *school* cuando trabaja de chofer en la casa de aquel General de apellido germánico y lo obligaban a desviarse del camino y pasar por ahí, por la calle de los gatos, como la llamaban ellos y sus amigos colegiales, y sacaban la cabeza por la ventana de sus autos y gritaban insultos a los residentes de la calle 3. Por eso pudo reconocer a los hijos de su General aquella noche. “Sí, mi General”, contestaba Pascual ante cada orden de su jefe. Precisamente esta actitud obediente y no deliberante fue lo que más gustó al patrón, que pronto lo convirtió en su hombre de confianza. Pascual, cuidame la casa; Pascual, llévame la mujer al supermercado; Pascual, llevá los cipotes al colegio; Pascual, firmá aquí que vas a prestar tu nombre en una propiedad que acabo de adquirir; Pascual, cuidame el ganado; Pascual, matá a este *hijueputa* -y le colocaba una fotografía del futuro occiso sobre la mesa. Pascual para aquí, Pascual para allá, Pascual para todo y Pascual a todo decía “sí, mi General”. Así vio volverse adolescentes a aquellos niños rechonchitos, después jóvenes espigados de anchos pectorales, de cara limpia, ropa nueva y costosa. Cómo olían los perfumes de los hijos del General. Pero estos muchachos tenían costumbres raras, según Pascual; por ejemplo, les gustaba levantar gatos callejeros y mientras el auto rodaba, ellos los mimaban con preguntas que por el tono de la voz parecían amorosas: gatito, ¿cómo se verán tus tripitas regadas en el piso, cuánto tiempo aguantarás mi peso en tu cabecita, cuánto tiempo dura el dolor de los gatos? Al llegar a la casa iban por sus respuestas, después dejaban sus cuerpecitos quemados tirados en el césped. Pascual, andá a botar estos gatos al abismo, y vos no has visto nada ¿ok?

Y Pascual callaba, igual que calló cuando lo de su mejor amigo de la infancia, pero el General había colocado su foto sobre la mesa y había dicho -Pascual, encargate de este. Pascual no dijo que lo conocía, Pascual solo sabía obedecer, el jefe tenía la razón, su amigo andaba en malos pasos, era un enemi-

go de la patria; si el General lo decía, así tenía que ser, él era el hombre mejor informado del país. Pascual se *encargó* de su amigo. Desde entonces, Pascual no paró de beber.

Pronto, Pascual ya no podía trabajar, no existía para él la puntualidad ni la puntería de francotirador que desarrolló en el ejército, sus manos temblaban, apuntaba y la bala no obedecía, fue como si el Parkinson bajara de un cielo precoz. Un día se encontró desempleado, echado de su hogar con las manos vacías; acompañado solamente de su pacha de guaro amaneció dormido sobre unos periódicos viejos y arropado con cartones que recogió en el basurero del mercado.

Él lo recuerda como que si fuera ayer. Aún estaba despierto, sus compañeros dormían profundamente, cinco hombres y dos mujeres que se daban calor y algunas veces hasta amor, como los animales libres del bosque, sin importar las miradas de los demás. Solo él sobrevivió. Hecho llamas se lanzó a correr desesperadamente, atravesó la calle y se lanzó de cuerpo entero a la fuente de agua que adornaba la plaza, era agua sucia, contaminada, pero le apagó el fuego y le regaló la segunda, la cuarta o a saber si la séptima vida. Nunca olvidó el sonido que salió de su piel al entrar en contacto con el agua, recordó entonces cuando su madre sacudía sus manos mojadas sobre el comal para confirmar si ya estaba suficientemente caliente o cuando una gota de agua caía sobre la manteca de los chicharrones hirviendo. Agua y fuego. Fuego que se apaga. Sus compañeros habían bebido demasiado, habían vivido demasiado, sus siete vidas en un solo sorbo humeante. Aún retumban en sus oídos las carcajadas de los hijos del General, aún retumban en sus oídos los aullidos de sus compañeros y de los gatos. Y ha vuelto a suceder. Es el mismo patrón, la misma saña, el mismo olor a gasolina, a impunidad, la marca indeleble. Pero nadie le creería. Sabe que de “testigo protegido” pasaría a mejor vida que la séptima. Los hijos del General ahora son los nuevos jefes de todo lo turbio que se mueve en el país. Y usted lo sabe bien. Mejor dejemos este asunto aquí, que por menos memoria se han perdido muchas almas.

Pascual, que ha escuchado todo detrás de la puerta, se pasa la mano por su ojo izquierdo para ayudarlo a descansar, pero el ojo sigue fijo, mirando, recordando. Imposible no mirar. Imposible no recordar.